

Para una teoría de la novela: *Los días y el polvo*, de Diego Ordaz, o la cuerda de la ficción

Azucena Hernández*

*Los días y el polvo*¹ es una novela breve y fragmentaria, profunda. La primera de su autor, y también la primera que abre una colección literaria llamada *Novela como nube*, de puentelibre editores. En sus menos de setenta páginas se narran distintas historias marginales que toman lugar en la frontera norte de México, específicamente en Ciudad Juárez, por las referencias geográficas que son explícitas en la novela; sin embargo, bien pudiera ser alguna ciudad imaginaria, pues como el narrador Andrei dice: “los libros no son la vida”, entonces, tampoco son las ciudades.

Los libros no son la vida, efectivamente, pero la vida siempre será el referente para cualquier construcción literaria. Andrei, una de las voces más relevantes en la novela, vive imaginando, creando un mundo de vaqueros en el viejo oeste, el cual existe sólo en su escritura, al estilo del género impulsado por Estefanía Lafuente, y aprendido en las lecturas que lo formaron de joven. Se presentan, en *Los días y el polvo*, fragmentos de la novela que Andrei está escribiendo, pero también hay otras historias, o historietas, que suceden, o más bien son “contadas”, narradas por sus personajes, paralelamente a la escritura *western*.

En *Los días y el polvo* hay una poética autorreferencial, cuya cohesión narrativa la otorgan la metaficción y la heteroglosia, así como la intertextualidad (posmoderna) que toma del archivo de la cultura popular, textos con los que experimenta cruces y enriquecimientos. Para Andrei lo primordial es el artificio, un mundo (condado) imaginario paralelo a la burda realidad, en el cual predomina el interés por la construcción de imágenes y su proceso de elaboración. Así dice, por ejemplo, en el primer fragmento:

Hay sogas hechas para convertirse en horcas, manos que tejen las sogas y cuellos que completan la perfección de la horca: a mí me interesan las manos en contorsiones justas, la precisión en el nudo, no conocer el porqué de la venganza, ni los años, ni el nombre, ni los hijos que dejó. Mi vida es otras cosas y no los colgados de una viga durante la tarde polvorienta (p. 10).

En este sentido, la novela de Diego Ordaz —del mismo modo como la de Andrei—, no se encasilla en los sensacionalismos localistas, sino que precisamente parte de una realidad —porque



siempre hay varias— para crear otra, cifrada en el artificio literario, en la ficcionalización. Es posible ver cómo los mundos se van tejiendo, al igual que esa cuerda trenzada por el personaje creado de Andrei, cómo un mundo hostil de asesinos y balas cruzadas se convierte en un condado de forasteros y vaqueros envuelto siempre en una bruma de polvo.

Si el viejo oeste que plantea Andrei en un nivel metafictional es como un limbo en la lejanía histórica, también es una metáfora de la frontera México-Estados Unidos, como un espacio perdido, disuelto en sus márgenes.



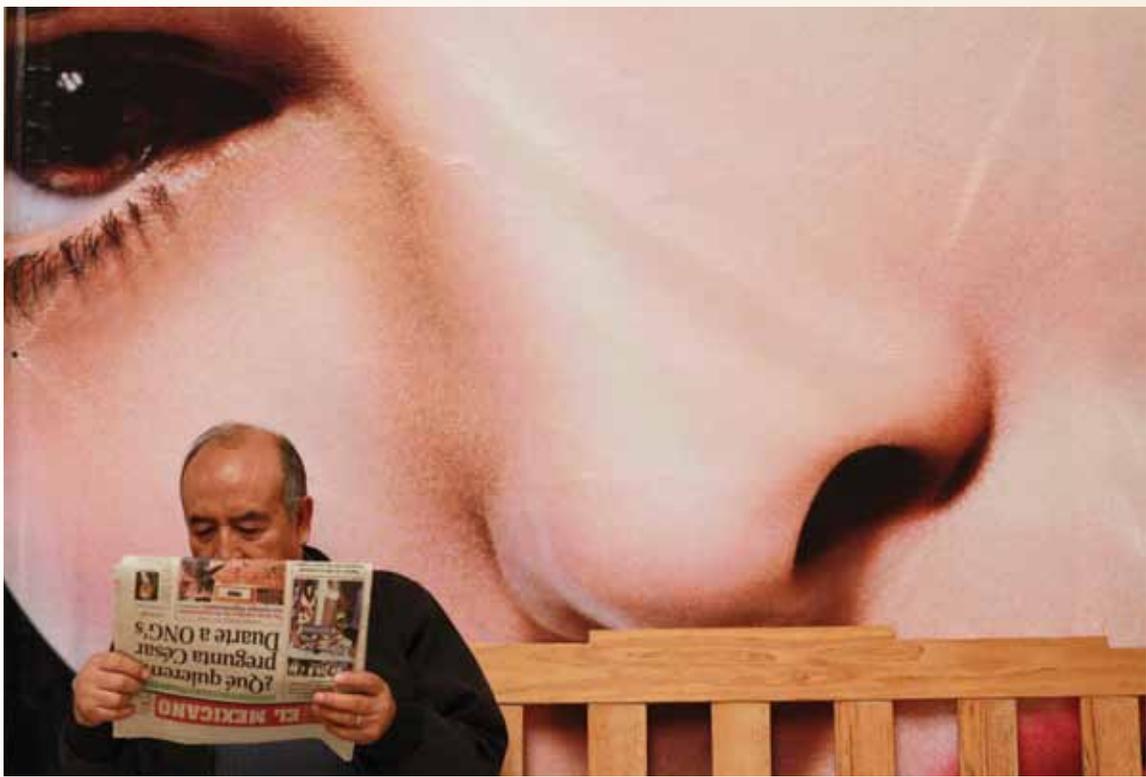
Christian Torres

nes. Pero las fronteras entre realidad y ficción, en esta novela también se desdibujan, porque hay otra línea de fragmentos cuyo narrador también es Andrei y que parecen hacer referencia a la infancia de éste, en los que habla sobre su pasado en la Unión Ganadera, su madre, sus vecinos, y sus subsiguientes reencuentros con Valeriano, un “vaquero siniestro”, ganadero, zoofílico y homosexual.

La dialogía es la técnica constructora básica en la novela, pues Andrei también conversa con Janeth, un travesti que siempre espera a su amante argentino, Ezequiel, infante de marina norteamericana quien le ha hecho la promesa del amor, del volver y de la transexualidad. Mientras espera, le cuenta a Andrei —que toma notas en una libreta pues busca fábulas para su novela— otras his-

torias locales sobre sus colegas prostitutas. Así, a través de monólogos dialogados, la ciudad y sus personajes se van discutiendo y dudando, se van escribiendo. De la voz de Janeth surgen narraciones sobre la Fonsi, la Margot, ovejas de la vecindad, borregas en el matadero que es la calle, la esquina, en espera también del lobo que venga y las degüelle:

La Fonsi tuvo suerte, regresó a los tres días con un collar horrendo, adherido a su piel. Quizá ella no lo sabe, no se lo digo aún, pero ha comido del pasto ensangrentado, como tantos y tantas en el ruido de allá fuera, donde ese lobo malo había saboreado y degustado a esa borrega vieja y mañosa, a Margarita me quiere no me quiere (p. 43).



Christian Torres

Si bien los personajes de esta novela son tratados por sus narradores, Andrei o Janeth, con crueldad descriptiva, también ellos son objeto de sus recíprocas fabulaciones. Así se dirige Janeth: “Tu personalidad es siempre de patio trasero, Andrei, ¿te has fijado? Eres como un patio trasero con excavaciones que ocultan” (p. 42). Los personajes, incluso, se tratan sin concesiones para sí mismos, así Andrei, como personaje que fabula sobre ese mundo de figuras atascadas en su cotidianidad decadente, dice:

Me reconocí como ellos, trabajando mi personalidad y en ese suceder de eventos narcisistas perderme el mundo. Había pensado que la sociedad, la gente, era mi laboratorio, pero supe que yo también estaba en un portaobjetos, quizá el más patético y contaminado de todos, el más sucio y empañado, el que no importaba (p. 45).

En esta falta de concesiones para sí, los personajes de *Los días y el polvo* están inmersos en un lodo de drenaje fronterizo del que es imposible salir aunque se desee huir de él, son protagonistas anónimos, como todos, de una ciudad tan hiperrealista como imaginaria, tan decadente como insalvable. Ellos no renegarán de la desesperanza que les ofrece el entorno, sino que seguirán fa-

bulando sobre ello, inventándose historias, hasta confundir totalmente todo.

Esta obra autorreferencial surge de la paradójica imposibilidad de escribir una novela. Andrei —el escritor protagonista— sabe que las historias que Janeth —la relatora de cuentos— le narra no conforman una novela. Sin embargo, en esta disrupción que se da entre diferentes planos narrativos surge la pauta para armarla como esa cuerda trenzada para estrangular vidas, “abrir un trozo del lazo y dividirlo en tres partes para formar la serpiente zigzagueante; después, vuelta y gira, vuelta y gira hasta lograr el gusano gordo y férreo”.

Así la novela de Diego Ordaz se logra, así la invención de un condado imaginario se va uniendo con el espacio, también ficcionalizado, de una ciudad del norte de México, y los personajes de un mundo son traslaciones de otro, con sus seguridades y sus temores, con sus deseos y sus hastíos.

*Egresada de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la UACJ.

¹ Diego Ordaz, *Los días y el polvo*. Puentelibre editores, Ciudad Juárez, 2011 [col. Novela como nube].